

Y QUE LE METAN EL DIENTE.

3

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.*Nuestra ignorancia hace toda su ciencia.*

Voltaire.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

Los grandes nos parecen grandes porque nosotros estamos de rodillas, decía un filósofo; y yo digo que nuestros doctores no nos parecen sabios sino porque nosotros queremos ser ignorantes. Es, pues, nuestra voluntaria ignorancia la que causa los males que sufrimos. La razón se nos dió por guía en el sendero de la vida para distinguir lo justo de lo injusto, la virtud, del vicio, lo que nos aprovecha de lo que nos daña; pero habiendo consentido en someter esta razón a la dirección ajena sin examinar los fundamentos de esta donación que se nos escogía, diciendo ser para nuestra felicidad, nos despojamos del presente más grande y necesario con que el hacedor del hombre nos dotó. Desde entonces dejamos de ser razonables, pensamos como se quiso que pensáramos, obramos como se mandó que obráramos y todas nuestras acciones quedaron sometidas a la voluntad, autojús y caprichos de los más astutos y atrevidos impostores que apoderándose del hombre desde la cuna hasta depositarlo en el sepulcro, clasificándolo a la manera de Linné, por clases y especies, el género humano quedó reducido al rango de los rebaños de ovejas.

Para impedir que algún insolente traspasando los límites en que lo habían circunscripto sus capricios, se atreviese a pensar por sí mismo, se construyeron calabozos, se levantaron patibulos, se encendieron hogueras y se prepararon venenos. Se habló a los hombres en nombre de los dioses, y se les forzó a despojarse del fruto de sus sudores a título de ofrenda. Compelido Sócrates de tantas imposturas enseñó a los pueblos que los dioses no necesitan de presentes para aplacarse, y los sacerdotes que los necesitaban se indignan y le hacen beber la cicuta fatal. Todo aquel que se daba a conocer por medio de alguna verdad ó descubrimiento grande, infunde respeto por la superioridad de su ciencia y es perseguido hasta su exterminio. Galileo da a conocer el movimiento de la tierra ignorado hasta entonces, conocido solamente en la antigüedad por Pitágoras y perfeccionado por Copérnico, y al momento se le encierra en un calabozo, porque uno que ignoraba la astronomía, usando de la frase común, dijo al Sol parate, y la tierra se paró.

Mártires de la verdad, muchos sabios, fueron sacrificados al ídolo de la ignorancia y a la envidia sacerdotal en las aras de la superstición. El divino Jesús había fundado su santa religión sobre las bases

de la verdad, de la mansedumbre, de la paz, la fraternidad, la humildad y la tolerancia sus discípulos y sucesores continuaron siguiendo el ejemplo de su maestro; pero habiendo aumentado sus riquezas por las donaciones de los emperadores y de los señores en el siglo cuarto, comenzaron los sacerdotes a servirse de estas riquezas para oprimir a los hombres y sostener una potencia en que no los había puesto el fundador del cristianismo. La ambición fué, pues, por la que los ministros del santuario adquiriendo una suma preponderancia sobre las demás clases, se convirtieron de pastores y padres del pueblo en lobos y tiranos del mismo, y a ella deben el colosal poder que disfrutaban, tan ajeno de su vocación y de su instituto, como funesto a la religión y a las naciones. (1) Desde esta época comenzó la religión a ser el pretexto para ocultar la verdad y para autorizar las mayores maldades; se les disfrazó a los pueblos con el mayor cuidado esa misma verdad tan necesaria, para su bienestar, a título de que le dañaba, se le vendieron fábulas para entretenerlo y estraviarlo, prohibiéndole el examinarlas y contradecirlas. Testigos de esto Eusebio y Sinecio con otros que en sus escritos han declarado la certeza de esta proposición. El primero en su preparación evangélica dedicó un capítulo entero para demostrar, según él, esta proposición escandalosa: *De qué modo puede ser legítimo y conducente el emplear la falsedad como una medicina y por el bien de los que tienen necesidad de ser engañados.* El segundo declara en términos más precisos las ideas de su tiempo. En su epístola 105 se lee lo siguiente: *Conviene que un espíritu que cultiva la filosofía ceda a la necesidad de mentir. La verdad se parece a la luz, un ojo débil es lastimado por ella, la oscuridad le conviene mejor. Lo mismo es de la verdad, es necesario no darla a conocer al pueblo e la le dañaría y la mentira le es útil... Yo seré filósofo en mi gabinete; fuera de él contaré fábulas.* (2) Esta era la enfermedad general de aquellos siglos, dice Baillet, y la infección había corrompido el génio de tal modo, que casi todas las historias se convertían en fábulas en las manos de aquellos que las manejaban, y que los más escrupulosos se creían obligados a consagrar la mentira por la verdad, y de hacer servir sus piadosas imposturas a la mayor gloria de Dios. Este es el verdadero origen de tantas leyendas admirables, de tantos milagros apócrifos é indecentes, de las estafas sagradas y la cuna de la su-